

El ocaso de la Diosa: incesto, género y parentesco*

El ocaso de la Diosa: incesto, género y parentesco es en realidad, como lo anuncian sus autoras en la introducción, la invitación a emprender un viaje hacia los fundamentos genéricos de todas las sociedades. Con un prólogo escrito por el antropólogo físico Xabier Lizárraga Cruchaga, el libro está dividido en seis grandes capítulos que recorren la evolución de las organizaciones sociales para comprender cómo las sociedades han construido y simbolizado las diferencias entre hombres y mujeres.

Las autoras, una terapeuta y la otra antropóloga —por sólo atenernos a las etiquetas formales con las que la academia intenta encuadrarnos—, acometen este trabajo desde el presente que las interpela. Su pregunta inicial: indagar sobre el incesto y la manera en que éste ha sido sancionado a través del tiempo, las llevó hasta la prehistoria, pero ese recorrido lo hacen desde su condición de mujeres, investigadoras, feministas, laicas, de izquierda. Ambas se posicionan claramente desde el principio y siempre con un ojo crítico, con mucho humor y bastante irreverencia, leen e interpretan una

extensa y muy actualizada bibliografía antropológica, que estoy segura será de gran ayuda tanto para los investigadores o profesores, como para los estudiantes de ciencias sociales y sobre todo de antropología.

Ellas querían saber si todas las sociedades habían conocido ese “pecado bíblico”, ya que según el padre de la antropología, el incesto sería el fundamento de las sociedades, lo que les habría permitido dar el famoso “salto cualitativo e histórico”, y pasar de un estadio de animal naturaleza a otro de humana cultura.

De entrada, nuestras autoras pensaron que esa premisa es un constructo producto de un momento histórico y que debía ser cuestionado, o mejor dicho, replanteado, ya que si los humanos somos seres históricos, también somos, como ellas lo afirman, naturaleza, pues todo producimos desde y con nuestros cuerpos dentro de la naturaleza. A partir de ahí, todo en este libro será cuestionamiento. El viaje al que nos invitan, a través de los seis capítulos que lo componen, puede ser leído en desorden, pues cada uno se explica a sí mismo y porque lo que harán a lo largo de todos ellos es precisamente desmitificar, deconstruir, desmembrar las certidumbres, ir al origen de los prejuicios. Florence Rosenberg

* Estela Troya y Florence Rosenberg, *El ocaso de la Diosa: incesto, género y parentesco*, Instituto Latinoamericano de Estudios de la Familia, A. C./ Miguel Ángel Porrúa, México, 2012, 380 pp.

y Estela Troya piensan que todo lo aprendido sobre los sexos y los roles genéricos puede y debe ser pensado de nuevo y nos ponen maravillosos ejemplos sacados de las mejores etnologías contemporáneas, que realmente nos cuestionan la doxa sobre las relaciones entre los hombres y las mujeres; para lograrlo, tuvieron que salirse de la clásica narrativa lineal e inaugurar otra zigzagueante que va y que viene, dándole vueltas a la eterna cuestión de la relación entre los sexos. Buscando siempre encontrar las causas, atisbar los orígenes de la jerarquización, de la dominación, de la desigualdad entre los géneros.

Pero ¿qué difícil leer la prehistórica, que se distingue de la historia justamente porque no dejó huellas escritas y que, por lo tanto, debe interpretar los vestigios materiales así como las pinturas parietales que son, antes que nada, escrituras simbólicas, lo que requiere de las autoras no solo de erudición y cultura, sino sobre todo de mucha imaginación para lograr darles un sentido, recreando la lógica del momento de su producción.

Arduo también porque en ese viaje se vieron forzadas a chocar de frente contra categorías que se creían inmutables, contra las certezas que nuestros ancestros antropólogos nos dejaron cuando supuestamente miraban a otras sociedades objetivamente y acuñaban los conceptos para interpretar a las culturas que calificaron de

primitivas; pero sobre todo, porque hablar de orígenes míticos y de incesto conduce irremediablemente a hablar de reproducción social y, por lo tanto, de sexualidad que es un terreno muy resbaladizo.

Por eso ellas están convencidas de que el estudio de la sexualidad animal, en la naturaleza natural, por llamarla de alguna manera, era importante para entender la complejidad de sexualidad humana y la evolución de los roles genéricos. Nos demuestran que si también la sexualidad animal ha sido ignorada, subestimada, si no es que malinterpretada, ha sido con la finalidad de reafirmar aún más, como si fuera necesario, el argumento universal que condenó, y lo sigue haciendo aún hoy, a la homosexualidad humana y la catalogó como una aberración contra natura, como el pecado nefando, al que durante siglos se intentó erradicar con la hoguera y posteriormente se trató de “curar” con todo tipo de terapias.

Y ahora resulta, siguiendo el rastro del mundo animal inaugurado en las últimas décadas, que muchas especies animales, más de 1 500, tienen comportamientos homosexuales a lo largo de sus vidas. Por ello, ese conocimiento era importante ya que ayuda a mandar al traste aquellas certidumbres que durante tanto tiempo fundamentaron la sacrosanta familia patriarcal, la del “sexo para promover los valores familiares”, así como aquellas que afirman que el parentesco surgirá de

la necesidad de normar los comportamientos “desorganizados” que se producirían por una sexualidad excesiva y “desbordante”. Según algunos antropólogos, de ahí nacerían las reglas que prohibirían el incesto; mientras que nuestras autoras aseveran que esa interpretación parece más bien la proyección hacia un pasado remoto de los temores y anhelos reprimidos de una sociedad como la nuestra que necesita controlar y conjurar estrechamente la sexualidad de sus miembros, pero sobre todo, la de sus mujeres.

Y por eso, nos convencen fácilmente de que fueron ellas, las mujeres con sus ciclos reproductivos lunares y la menstruación cada 28 días, lo que facilitaría ese gran salto evolutivo hacia delante: “[...] la historia de la especie humana —apuntan las autoras— comienza pues con la mujer, ya que es ella la portadora del cromosoma humano original y su adaptación evolutiva aseguró la sobrevivencia y el éxito de la especie”.

Esa gran mutación humana que se daría en el Paleolítico y que nos dejó como testimonio maravillosas figurillas bautizadas como las Venus, así como diversos vestigios arqueológicos que permiten hoy reflexionar sobre lo que pudo pasar durante ese larguísimo lapso en el que se adoró a la Diosa, a la Gran Madre, cuyo vientre y cuyos pechos dieron vida. Ellas nos proporcionan una cronología que se extendería desde por lo menos veinte mil

hasta cincuenta mil años, y en la que sobresaldría el estatuto sagrado de lo femenino.

Un tiempo en el que mujeres, cazadores, animales y naturaleza, todos juntos, participaban en igualdad de condiciones en la generación y reproducción de la vida.

Y una vez más, Florence y Estela nos recuerdan cómo sólo podemos ver lo que nuestra cultura nos marca como legible: algunos científicos sociales calificaron a esas hermosas figurillas desnudas como impúdicas, obscenas o monstruosas. Es que el arte de nuestros ancestros prehistóricos insistía en las diferencias sexuales evidentes y seguramente sugería deliciosos intercambios entre ambos, antes de que el patriarcado viera la luz. Así fue como la verdadera naturaleza de las diosas y sus actividades fueron víctimas de la mojigatería de la sociedad moderna.

Después fue la ciencia decimonónica la que demonizó la sexualidad y la desnudez de los indígenas calificando su organización social de “comunismo primitivo”, en un tiempo en el que comunismo era ese “fantasma que recorría el mundo” aterrorizando a la burguesía... Fue cierta antropología la que los infantilizó y encerró en el concepto de “buenos salvajes”, facilitando así su colonización y, por lo tanto, su lumpenización y su paulatina desaparición.

Por eso me encantó saber, gracias a este libro, que durante muchísimo

tiempo nuestros ancestros fueron politeístas o paganos —como los calificaron los cristianos—, feministas, *gays* e incluso transgénero —como los conocemos hoy—, que amaban el ocio, la risa, la danza y el sexo y no por ello concebían todos los hijos que Dios quería porque sus diosas, ocupadas en cosas mucho más importantes, no se inmiscuían en esos asuntos.

Fueron entonces ellas, las diosas, las que marcaron el tono y las mujeres desempeñaron papeles centrales en ese periodo tan largo en el que nuestros antepasados vivieron en cierta armonía con la naturaleza y no sintieron la necesidad de acumular los excedentes, ni de poseer de manera individual, ni mucho menos organizarse en estados que luego habría que defender con sangrientas guerras.

Las autoras afirman, en los dos últimos capítulos, que el desarrollo del patriarcado, tan evidente en los tres monoteísmos conocidos en Occidente, no fue exclusivo de ellos; por ello hablan de patriarcados, en plural, los cuales surgirían en otras sociedades imaginadas por los hombres, quienes fueron desarrollándolos poco a poco al mismo tiempo que iban brotando

las jerarquías y desigualdades; pero lo que sí todos los patriarcados consiguieron con bastante éxito, fue colonizar y desplazar el poder y la simbología de la Diosa, de ahí el título del libro.

El cuerpo de las mujeres y su potencial reproductivo se convirtió desde entonces en un campo de batalla que había que dominar y controlar a toda costa y todos los inventos posibles han sido pocos para preservarlo “íntacto”. Los miedos masculinos a su sexualidad siguen provocando hasta la fecha, inicios del siglo XXI, atroces medidas contra ellas en muchas regiones del mundo donde aún se rigen por la famosa ley divina.

Agradezco a las autoras por este viaje, porque sus páginas lograron sorprenderme, me enseñaron cosas nuevas y me dejaron una esperanzadora y deliciosa certidumbre, que es de agradecer en los tiempos que corren: de que las cosas pueden mejorar, que los humanos podemos inventarnos y lograr una sociedad más igualitaria, justa y divertida para el futuro.

Fernanda Núñez Becerra
 INAH-Veracruz